

APROXIMACIÓN AL LENGUAJE DE LA CRUELDAD

Juan Felipe Arroyave

Proemio...

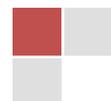
El transcurso de los anteriores trabajos me he conducido por una aprehensión que más que agotarse en su búsqueda ha abierto diversas perspectivas, que para el caso vale anotar como significantes, desplegadas en torno a un concepto que en su historicidad recorre múltiples sistemas de discurso y pensamiento, en la medida en que atañe íntimamente al ser; es el concepto de cuerpo.

Pues bien, este ha sido un trasiego que me ha sugerido, de un lado, la necesidad de introducir una versión conceptual en los propios términos, me refiero al cuerpo/territorio, que se designaría como propio de una voluntad deseante en el despliegue de un fuero particular que funda su extensión espacial con el fin de ejercer una soberanía marcada por todo tipo de trazos. De otro lado, un concepto que irrumpe dando clara muestra de la insuficiencia del anterior, es el clivaje que en la perspectiva de la relación cuerpo-lenguaje, plantea la coexistencia de dos polos que no son complementarios, excluyéndose mutuamente e implicando su resolución y el acto que esta conlleve.

Entre un primer intento conceptual, mosaico de referencias de la complicada urdimbre discursiva que daría cuenta del decir moderno, a propósito del cuerpo inserto en los mecanismos sociales de su intercambio como lugar o territorio en el que se escenifican ideales, aspiraciones, anómias y desencantos. Y el segundo ejercicio, que explora una versión propia de la encarnación de la aporía de un sujeto ante la resolución que le plantea el gran Otro y la visión de tal vacío, conduciéndole a "despojarse" de las palabras o a desnudarlas de su carne, de su corporeidad. Ante estos dos caminos, permanece, yo diría que casi intocable, el cuerpo y en un más allá de este, el lenguaje de la crueldad sugerido como sospecha que enuncia la expresividad estética y axiológica en tanto mirada de aquello frente a lo cual es preciso para todo mortal recubrir de velos, a fin de escapar ante un horror que arroba y seduce su mirada.

Es menester del presente ejercicio de escritura plantear de entrada un tópico teórico imprescindible, el de cuerpo, y alrededor del mismo la puesta en marcha de la pregunta que conduciría las reflexiones posteriores, es la pregunta por la crueldad.

Para introducir los principios esenciales, a propósito del cuerpo, acudiré, por un lado, al texto de Colette Soler titulado "El Cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan", y por otro, al



texto de Néstor Braunstein titulado "Goce", en cuanto fundamentos teóricos que propiciarán a posteriori el desarrollo de la reflexión por lo crudo.

1º El Cuerpo, un significante...

En su texto, Colette Soler parte de la siguiente consideración: "Existe el inconsciente por su incidencia en el cuerpo. El inconsciente se da por su relación con el cuerpo"(2). Con estas sentencias abre su exposición para plantear como todas las técnicas del cuerpo son técnicas del significante y "más precisamente de aquellas que se llaman técnicas del significante amo". En este sentido se vislumbra como el advenimiento y la inserción de un sujeto se funda en y por el lenguaje, lo que le posibilita estatuir un cuerpo. De paso es preciso anotar como J. Lacan evoluciona conceptualmente para considerar que el significante introduce el discurso en el organismo, así, en sus planteamientos a este respecto C. Soler afirma: "... El verdadero cuerpo, el primer cuerpo dice Lacan, es el lenguaje, a saber, lo que él llama el cuerpo de lo simbólico... (que) es un cuerpo por el hecho de ser un sistema de relaciones internas..."(3)

El lenguaje será entonces cuerpo que confiere cuerpo a los demás, por aquello de la materialidad de lo simbólico. A partir de este punto se presenta una consideración ligada a la construcción de la realidad por parte del sujeto en el siguiente sentido:

"... No existe ningún hecho sino los que han sido expresados. Un hecho es algo que ha sido dicho,... el cuerpo es un hecho sólo después de dicho,... Es uno, el suyo, porque usted lo nombra: se atribuye a usted sólo... Decir: 'yo tengo un cuerpo', tomarlo como atributo en lugar de tomarlo como nuestro ser mismo, es... que como sujetos podemos prescindir de él... Como sujetos del significante estamos separados del cuerpo,... el sujeto es aquel del cual se habla antes que él mismo hable,... el sujeto efectivamente está ahí en la palabra, antes de tener un cuerpo, antes de nacer..."(4)

Se propone entonces el establecimiento de un orden del sujeto sostenido por el significante que excede la duración del cuerpo mismo más allá de la vida o de su ser viviente, en este caso siguiendo al Lacan que evoca Soler: "Es porque el lenguaje le asegura el más allá -que es la anticipación del sujeto antes de que nazca su cuerpo y que es la memoria que se guarda en la sepultura- que, evidentemente, el cuerpo es separado del sujeto"(5)

Es así como se sugiere pensar el ser del sujeto como soportado por el significante, independientemente del cuerpo conferido. Esto permite hablar de los efectos y marcas que trazan el cuerpo, que inscriben en él un doble rasgo, de una parte la pertenencia a un conjunto, y de otra, una cualidad erótica, tal efecto, exigido como un comprobar el existir

en tanto un ahí y en cuanto un hacerse forma corpórea, se presenta en fenómenos tales como el tatuaje, la circuncisión, las cicatrices, las mutilaciones, la moda.

Desde esta perspectiva, y siguiendo a C. Soler a propósito de la enseñanza de J. Lacan, el órgano, los órganos incorporados al lenguaje, a la cadena significante, van conformando un cuerpo, que habitando el lenguaje puede concebirse así mismo con órganos cuya integración es el correlato de una imagen, de la especularidad que le retorna una extensión. Resalto el hecho de que para Lacan "el discurso es destino", en términos de la existencia de un sujeto como consecuencia de la acción del Otro del lenguaje sobre esa carne que se va haciendo cuerpo por efecto de la traza significante que le da forma desbastando la dimensión del goce, cual sustancia originaria del órgano.

2º El Cuerpo vaciado de Goce...

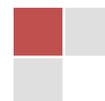
Llegado a este punto, se plantea un clivaje esencial, aquel que en la relación Lenguaje/Cuerpo implica la interdicción de algo genésico y primordial arraigado como esencia del órgano vivo, es el Goce, noción crucial en el psicoanálisis contemporáneo, que, siguiendo el texto de N. Braunstein, me propongo resaltar es sus puntos más notorios, por cuanto interesa para la particular inquietud que me convoca.

Pues bien, hechas las aclaraciones a propósito de su antecedente conceptual en Hegel, el término Goce se sitúa como aquel que permite señalar lo más evidente y lo más oculto para el saber inquieto de la carne sufriente que hecha cuerpo es parlanchina de una falta. N. Braunstein plantea a propósito del legado de J. Lacan:

"...El goce... es lo viviente de una sustancia que se hace oír a través del desgarramiento de sí mismo y de la puesta en jaque al saber que pretende dominarla..... (Decía Lacan)... Lo que yo llamo goce en el sentido en que el cuerpo se experimenta es siempre del orden de la tensión, del gasto, incluso de la hazaña. Indiscutiblemente hay goce en el nivel en que empieza a aparecer el dolor, y sabemos que es sólo a ese nivel del dolor que puede experimentarse toda una dimensión del organismo que de otro modo permanece velada..." (6)

Pero ante un dolor que se cifra como prueba de existencia, interviene un principio regulador y homeostático: El Principio del Placer, del que sin embargo, hay un más allá, el mencionado goce, que en el cuerpo orienta un retorno incesante e indómito de una fuerza constante y desequilibradora.

Se hace patente la constitución de un sujeto, que articulado por los significantes procedentes del Otro del lenguaje, introducen una doble consideración en su relación, de



un lado, el nexo con un gran Otro en cuanto sistema significante, de lenguaje y ley, de otro, la carga no visible de un gran Otro que goza del cuerpo, que prescinde del intercambio simbólico, planteando un goce, que al decir de N. Braunstein es:

"... inefable e ilegal; traumático. Un exceso (trop-matisme) que es un hoyo (trou-matisme) en lo simbólico según el decir de C. Soler. Y ese hoyo indica el lugar de lo real insoportable. De este modo llega el goce a ser lo exterior, Otro dentro de uno mismo, representante del Uno resignado para entrar en el mundo de los intercambios y la reciprocidad..." (7)

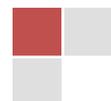
Esta suerte de expulsión del goce plantea un topos inaccesible para el sujeto que lo alberga y que por la interdicción significante del Otro del lenguaje, define una extimidad, el oscuro núcleo del ser, la paradoja de un exterior interiorizado, o a la inversa, de un interior exteriorizado, manifestando, a tenor de una fórmula inquietante de J. Lacan, que "... El cuerpo es el desierto del goce...", pues la existencia de un corporeidad exige el vaciamiento de un goce excluido por el lenguaje y que sólo por él se puede cernir, se puede manifestar en cuanto pérdida. Pues el cuerpo, el sujeto al que es conferido uno, habla y "el goce desterrado... demanda un interlocutor, se dirige a un saber que falta para que sus inscripciones puedan ser descifradas por el único desfiladero posible, la palabra." (8)

Ahora bien, en la perspectiva del trayecto que va de S. Freud a J. Lacan –imposible para este banal ejercicio–, N. Braunstein precisa que el concepto de goce remite a una sustancia, a su modo de ver, óptica y originaria, a un goce de La Cosa, antecesor de la ley del lenguaje, que al sustituirle le expulsa fundando una barrera ante su acometida, prometiendo bajo los fueros simbólicos de la castración, la licitud de un goce otro más particular, de un denominado goce fálico.

Establecida una pérdida original, originaria y mítica de la Cosa, emerge un sujeto en pos de la huella que ha quedado e invocando a un gran Otro sin el que no puede ser, apelando a él con un grito, un llanto, una invocación, una palabra. Se funda una realidad cuyo sustento es el Otro del lenguaje que incorpora y aliena como causa de un exilio irreductible con respecto a la Cosa gozante que, siguiendo a J. Lacan, "es aquello de lo real que padece por el significante". En esta perspectiva resalto la siguiente afirmación de N. Braunstein:

"... En el principio era el Goce pero de ese goce no se sabe sino a partir de que se le ha perdido. Porque está perdido es. Y porque el goce es, lo real, lo imposible, es lo que se persigue. La palabra, venida del Otro, tendrá que ser... (farmakon), remedio y veneno, instrumento ambivalente que separa y devuelve al goce pero marcándolo siempre con un minus, con una pérdida que es la diferencia insalvable entre el significante y el referente, en la palabra y las cosas..." (9)

El Goce será pues fuente proveedora de un trabajo cuyo usufructo parece dejar la ganancia de un producto terminado en el discurso del sujeto y en el primer bien que este adquiere, el



cuerpo, escenario por lo demás de una disputa por su soberanía ante la presencia de un goce del Otro. ¿De quién es este cuerpo? Se preguntará el sujeto y lo ilustrará perfectamente el universo de suicidas y adictos, que al vivir matándose para testimoniar un padecimiento, una postura, una demanda o una impugnación, manifiestan un goce del lado de la Cosa en la presencia sustancial, dolorosa y aniquiladora del ser hallado en la experiencia mortífera.

3º Una Pulsión que se antoja Cruda...

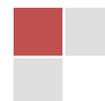
El camino ha sido trazado en su doble, en su triple sentido, una senda que plantea un clivaje esencial entre el placer, el deseo y el goce, emergiendo allí donde hay un cuerpo trazado por el significante y surcado por la esencia de un deseo en la medida en que no tiene objeto que corresponda a su aspiración.

El clivaje mencionado competería a la existencia de un sujeto convocado a ser y fundado tras una nominación proferida por el Otro, que requiere de su palabra, por lo que adviene el sujeto mismo, conminado a pagar un precio por existir, y el Otro "manda que la vida se desenvuelva en un mercado del goce donde nada se adquiere si no es pagando" (10)

Desde esta perspectiva el orden de relaciones entre el sujeto y el Otro, implicaría la fatalidad si no existiese una instancia simbólica que regulase los intercambios; instancia que remite a la ley del Otro, de la cultura como consustancial al lenguaje, ámbito a través del cual se alcanza un goce como resto, como producido por el discurso, las imágenes, el cuerpo. Este orden relacional permite pensar en una suerte de economía cuyo vértice capital es el objeto "a". Al respecto N. Braunstein afirma:

"... el goce del objeto a es residual, es compensatorio, indicador del goce que falta por tener que transarlo con el Otro que sólo da quitando. Así como la plusvalía es el plus de valor que produce el trabajador pero que en el acto mismo de la producción le es arrebatado por el Otro y a él sólo le deja un remanente de placer bajo la forma de salario que relanza el proceso... así el plus de goce es ese goce que es la razón de ser del movimiento pulsional y a la vez, lo que el sujeto pierde, la libra de carne, el valor usurario entregado una y otra vez a la codicia insaciable del Otro..." (11)

No obstante, a la relación de intercambio planteada subyace un goce rechazado que retorna por sus fueros, como el fundamento de una repetición, de una memoria en el olvido, de un hilo conductor subrepticio e incógnito. Es el goce en cuanto satisfacción de una pulsión no interdicta por ser una fuerza constante, mítica, genésica; contravía del Nirvana anonadante y equilibrador, es la pulsión que en palabras de J. Lacan se definiría así:



"... La pulsión de muerte debe situarse en el dominio histórico, en la medida en que ella se articula en un nivel que sólo puede ser definido en función de la cadena significativa, es decir, en tanto que un punto de referencia, que es un punto de orden, puede ser situado con relación al funcionamiento de la naturaleza. Algo más allá es necesario, desde donde ella pueda ser captada en una memorización fundamental, de suerte tal que todo pueda ser retomado, no simplemente en el movimiento de las metamorfosis, sino a partir de una intención inicial..."(12)

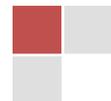
Ahora bien, siguiendo a N. Braunstein, así vista, la pulsión de muerte se sitúa en cuanto dominio histórico, articulado en un nivel sólo definible en función de la cadena significativa, y en tanto voluntad de destrucción en la medida en que todo puede ser cuestionado a partir de la función significativa y por lo tanto susceptible de un acto creador a partir de una nada. Frente a esta noción N. Braunstein afirma:

"... La muerte no es sino aquello que arranca al hablante del goce, del goce del cuerpo viviente... Si la vida queda definida para nosotros a partir del ingreso en las estructuras de la subjetividad que son las de la transacción con el Otro, es decir, a partir de que la carne se hace cuerpo por la intromisión del significativo en el proceso vital, entonces el movimiento pulsional puede ser visto como esta fuerza que propende a la recuperación del estado anterior a la palabra, a la recuperación de la Cosa como objeto absoluto del deseo, a la recuperación de ese goce de ser a partir del cual el sujeto llega a ex-sistir"(13)

La antinomia presentada resalta las exigencias a las que se ve lanzado el sujeto entre un goce primero y un goce puesto en la palabra y expulsado del cuerpo. El sujeto, entre la Cosa inaccesible y el Otro, se halla ante la presencia de una pulsión no saciada, histórica, transgresora, imposible por su lugar en lo real y mortal por los designios de su esencia. Tal dimensión del existir consagrará una resolución, una apuesta azarosa, bien sea por un significativo amo, bien por un comodín llamado objeto "a". Toda vez que en el escenario actual se patentiza la levedad de la voz del Padre, de su legislación y de su semblante, un caleidoscopio de multiplicidades significantes, parece presentificarse una reflexión de C. Soler:

"... Un kamikaze es alguien que junta al padre y lo peor. Alguien que marcha para la causa que encarne; que sea el poder musulmán, poco importa cualquiera que sea la causa defendida, él le marcha al significativo amo con sus hermanos o totalmente solo. Pero, al mismo tiempo, eso termina con la orgía de goce que es 'hacerse explotar uno mismo'..."(14)

Si, entre el padre y lo peor, entre la risa en el desierto de la caja de dientes del gran demiurgo, y lo peor que iría de las cosquillas a la parrilla con o sin sazón, o más bien razón (tal vez ilustrada). Entre una y otra cosa emerge una pulsión que se antoja cruda, por el significativo que la referencia, a propósito de un país del goce que habitamos y que se



devanea entre la feria de las mutilaciones y las torturas y entre una paz calentada por aldeas de antorchas humanas. Una pulsión mortífera y trágica, que evoca el medieval crudelis, ese crudo que sangra, que desbasta la carne para despojarla de palabras, que despoja las palabras de su carne como pareciendo decir algo, impugnando algo, instaurando valorativamente una sensibilidad que se sustrae al orden totalizante de los estatutos más bien intencionados de humanidad.

Emerge aquí la inquietud por la crueldad del lado del goce, pero manifiesta en una genealogía de la forma que topologiza los cuerpos por medio de la acción en crudo sobre los órganos, acto estetizante pero aniquilador, posible manifiesto ético de una posición ante el gran Otro, por lo menos ante una de sus mascararas.

Citas

1. Braunstein, Nestor. Goce. México, Siglo XXI editores, 1990.
2. Soler, Colette. El Cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan. En: Revista Traducciones. Fundación Freudiana de Medellín. Nº1, 1988.
3. Soler, op. Cit. pág., 10
4. Ibid., pág., 15
5. Ibid., pág., 16
6. Ibid., pág., 16
7. Braunstein, op. Cit., pág., 17
8. Ibid., pág., 21
9. Ibid., pág., 21
10. Ibid., pág., 33
11. Ibid., pág., 44
12. Ibid., pág., 46
13. Lacan, Jacques. El Seminario. Libro 7. La ética del Psicoanálisis.
14. Barcelona, Paidós, 1966. Pág. 255
15. Braunstein, op. Cit., pág., 51
16. Soler, op. Cit., pág., 37

